

# 2

SÁBADO, 4 DE AGOSTO DE 2018

**K**yle llegó a la tradicional librería al menos con media hora de antelación pero no se animó a entrar. Al buscar a Emily a través del vidrio, captó movimiento dentro: gran cantidad de público ocupando las sillas, y delante la mesa, aún vacía, en la que debían ubicarse los disertantes.

En un arrebato, tal vez de cordura o de cobardía, se alejó hacia el café y pastelería Polly's, que oportunamente estaba ubicado tienda de por medio de la librería. Dentro de la cafetería, pues no se animó a ocupar una de las mesas de la acera, permaneció por cuarenta eternos minutos preguntándose una y otra vez si debía volver o no a la presentación. Cuando se decidió a hacerlo, el evento literario ya había comenzado y la encargada de la tienda daba la bienvenida al público.

Kyle ingresó a Daunt Books procurando no llamar la atención, y eso lo hizo sentir un poco estúpido. Un poco más de lo que ya se sentía al haber ido hasta allí en busca de... ¿qué?

*¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué vine a buscar? ¿Un amor que dejé ir hace dieciséis años? ¿Qué espero, por Dios, acaso que ella me vea y corra a mis brazos como si nada hubiese pasado?*

Tomó asiento. El café que había bebido hacía un rato le estaba provocando acidez, o puede que fuera la situación absurda a la que se había lanzado y que su razón le recriminaba cuando él le permitía expresarse.

Inspiró aire en profundidad y permitió que la cabeza se le vaciara de pensamientos para concentrarse en la disertación. Una coordinadora iba presentando a los autores de a uno, entonces ellos subían al escenario y tomaban su lugar en la mesa. Hasta el momento no había prestado atención, preocupado como estaba en tratar de encontrar el rostro conocido e inmerso en divagaciones.

Observó el panel, ocupado hasta el momento por tres mujeres y dos hombres. Ninguna de esas mujeres era la que él había esperado ver. A raíz de ello, fue inevitable que Kyle se inquietara. Si bien no había escuchado el nombre de esos autores, empezó a preguntarse si acaso se había equivocado y ese relato que había leído no había sido su historia real sino una extraña coincidencia.

*¡No! ¡No puede ser!, se dijo. Los hechos en el libro se desarrollan tal cual los recuerdo, y las palabras... No puede tratarse de una coincidencia.*

Frustrado y enojado consigo mismo por su absurdo comportamiento, estaba a punto de ponerse en pie para retirarse y terminar de una vez por todas con ese asunto, cuando la coordinadora anunció a Miranda Darcy.

La adrenalina le recorrió el cuerpo con la fuerza de un tsunami.

Kyle permaneció en su lugar, con la mirada fija en el frente.

Primero vio la espalda de la escritora cuando ella se puso de pie. Con un andar delicado y envuelta en un diáfano vestido color damasco que se ajustaba a su cintura con un fino cinturón color café y dorado, se dirigió hacia el escenario. Una larga cabellera castaño rojiza se derramaba sobre sus hombros. Kyle deseaba ver su rostro, pero le resultaba imposible desde su posición, en la última hilera de sillas. Vivió algunos segundos de ansiedad hasta que lo siguiente, para él, ocurrió como en cámara lenta: alcanzó a distinguir el delicado perfil femenino y finalmente su semblante cuando ella volteó hacia el público y tomó asiento tras la mesa. Entonces, Kyle sintió que la librería se llenaba de luz y colores.

La escritora, con las mejillas encendidas, se sentó y bebió un sorbo de agua mientras la moderadora daba inicio a la charla. La primera pregunta fue para ella.

Miranda notó que le temblaba un poco el pulso; siempre le ocurría en los segundos previos a una presentación. Inhaló una honda bocanada de aire e impuso la voz para responder. En unos instantes sus latidos regresaron al ritmo habitual y empezó a disfrutar del evento.

Kyle percibió el nerviosismo inicial de Miranda, hasta que al transcurrir los segundos pareció tranquilizarse y, mientras hablaba de un tema que se notaba era su pasión, fue como si ella se involucrara de magia y lo arrastrara a él.

Recordó cuando de pequeños Milly siempre le relataba historias fantásticas que inventaba en el momento, propiciadas por cualquier impulso que pusiera en marcha su florida imaginación. Y se sintió feliz, inmensamente feliz, de que ella no hubiera dejado morir ese don maravilloso con el que había nacido y que con esos cimientos desarrollara una exitosa carrera. Se la notaba radiante, plena.

Al volver a verla y tenerla tan cerca, respirar su poderosa energía, Kyle cayó en la cuenta de que dieciséis años no habían sido suficientes para olvidarla. Su cuerpo, su mente y su corazón la habían

reconocido de inmediato, y ahora reaccionaban ante su presencia. La reclamaban igual que si el tiempo no hubiese pasado. Igual que si sus errores no se hubiesen interpuesto entre ellos.

*¿Qué voy a hacer con todo esto que siento?*, se preguntó, con cierta angustia. Durante los cuarenta y tantos minutos que duró la charla, Kyle no pudo apartar sus ojos de Emily. Reafirmó que ella conservaba su aura luminosa y radiante, esa que siempre lo había cautivado. Así como también, que seguía siendo dueña de la sonrisa más bella que él había visto jamás. Aún era ella, su Milly, aunque ahora utilizara otro nombre.

Al finalizar la presentación, el público acudió en tromba a la mesa en donde los autores firmaban ejemplares de la antología. Kyle compró uno de manera mecánica e hizo la fila. No estaba seguro de qué le diría a Emily, pero la espera al menos lo había envalentonado y estaba decidido a no irse de allí sin haber conversado con ella.

Llegó su turno cuando no quedaba más que un puñado de personas en la tienda. Dejó el libro sobre la mesa y lo empujó hacia adelante con suavidad mientras Miranda respondía sonriente a un comentario que le había hecho una lectora que hacía firmar su libro con la autora sentada a su lado.

–Me reconocí en el protagonista –señaló Kyle con voz enronquecida cuando la otra mujer se alejó.

Miranda alzó el rostro durante unos segundos aunque sin reparar en las facciones del hombre. La sonrisa le iluminaba el semblante.

–Te sentiste identificado, ¿eso quieres decir? –le preguntó. Volvió a bajar la vista mientras empezaba a abrir el libro con intenciones de firmarlo.

Kyle apresó la mano femenina sobre la cubierta del ejemplar para capturar la atención de Emily. Lo logró de inmediato, tal como esperaba, dado que a causa de la sorpresa ella alzó el rostro hacia él y esta vez sus miradas se encontraron.

–No. No me sentí identificado. Te he dicho que me reconocí en el personaje.

–¿CÓ... cómo? –preguntó, aunque al estudiar las facciones masculinas empezó a sospechar cuál sería la respuesta. El estómago se le contrajo y el aire de pronto empezó a resultarle escaso. Recordaba esos ojos oscuros, los había descrito con precisión en su relato. Lo que jamás imaginó, fue que él lo leería.

–Soy Kyle Cameron. Soy el protagonista. Esa que contaste en el relato es parte de mi historia –declaró sin darle tregua con la mirada–. Y ella eres tú, aunque ahora te hagas llamar Miranda Darcy.

Emily tragó saliva cuando, tras confirmarse la suposición, la atropelló el pasado con una vorágine de imágenes enredadas sin obedecer un orden cronológico. Esos *flashbacks* correspondían a fragmentos de su vida que la habían marcado de alguna manera con: felicidad, dolor, ilusión, decepción... Entonces, el estómago se le contrajo producto de experimentar emociones tan dispares.

–Kyle... –susurró.

–¿Cómo estás, Milly?

Transcurrieron unos segundos en silencio.

–Bien –respondió por fin, luego tuvo que sonreír ante lo ridícula que le resultaba la escena. De pronto se saludaban fingiendo ser dos amigos que se habían encontrado en la calle, un día cualquiera de una semana cualquiera en medio de la rutina. Lo cierto era que la situación distaba un abismo de ser rutinaria y que ellos no eran amigos; al menos ya no–. ¿Qué haces aquí, Kyle? –le preguntó con voz cansina.

–Lo leí... –explicó él señalando el libro–. Y retrocedí dieciséis años. Nos vi otra vez en Holland Park, en el jardín Japonés de Kyoto y en el mercadillo de Portobello. Recordé la conexión que había entre nosotros, lo que sentíamos... todo. Reviví lo nuestro, Milly.

–Kyle, nunca hubo un “lo nuestro” –lo interrumpió ella con firmeza

y minimizando adrede media vida de amistad-. Digamos que pudo haberlo, pero terminó antes de que siquiera empezara –completó refiriéndose al breve romance que habían compartido.

–Lo llamas “ni siquiera empezar”, no obstante te aseguro que había empezado, Emily, y lo que tuvimos fue hermoso –replicó él ignorando sus palabras-. Hace dieciséis años me resigné a perderte y durante todo este tiempo viví como anestesiado. Pero ahora con tu relato me hiciste despertar de golpe y darme cuenta de que podríamos haber resuelto las cosas de otra manera. ¿Por qué tuvimos que distanciarnos?

Emily bufó con el rostro contraído en una mueca de incredulidad.

–¿Justo tú vienes a preguntarme por qué nos distanciarnos? –inquirió entre dientes, haciendo un esfuerzo por no gritar las palabras. Negó con la cabeza-. Esto es demasiado. Además, no me parecen ni el momento ni el lugar apropiados como para mantener esta conversación.

Kyle echó un vistazo a su entorno. Si bien no quedaban más que tres o cuatro lectores cerca de la mesa, a poca distancia estaba el personal de la librería. Asintió con un gesto.

–Tienes razón, este no es el lugar apropiado. Te pido disculpas por mi comportamiento, es que esta historia, nuestra historia, movilizó mucho en mí... –hizo una pausa a propósito para dar tiempo a la razón a que amordazara a sus sentimientos. El intento terminó en un fracaso, por lo que al abrir la boca, las siguientes palabras le salieron sin filtro–: Añoro lo que había entre nosotros, Milly. No te imaginas cuánto quisiera recuperarlo...

–Hablando con sinceridad, Kyle, no sé si lo que dices es broma o si estás tan loco como para decirlo en serio –dudó. Desde su posición, Emily miró detrás de Kyle para comprobar que él era el último de la fila. Los pocos lectores frente a la mesa hacían firmar sus libros con los demás escritores.

–Esto que te digo es lo que de verdad siento en este momento –se detuvo de manera abrupta al contemplar una posibilidad que esperaba no fuera afirmativa–. ¿Acaso tu corazón ya tiene dueño?

–No –respondió de manera rotunda–, pero eso no significa que correré a tus brazos. Esto es un sinsentido, y lo sabes.

–Lo único que sé es que deseo que tengamos una nueva oportunidad. Para mí fue importante y es evidente que también lo fue para ti porque no lo has olvidado. Y no intentes contradecirme en esto porque esa historia que has escrito me da la razón. Recuerdas cada momento, cada escena, cada palabra... Lo que sentíamos a flor de piel y en el alma. Cada párrafo escrito atesora nuestra historia.

–Excepto el final, Kyle. “Nuestra historia” no terminó como en el relato –murmuró con un dejo de tristeza en la voz. Por el rabillo del ojo vio que los últimos lectores se alejaban de la mesa.

–Nuestra historia quedó inconclusa, pero podemos tener la continuación que creaste para ella. Estar juntos, tener esa felicidad impecable. Es nuestra asignatura pendiente, Milly. Hagamos realidad el resto que nos falta. Nuestro amor, que era perfecto, lo vale.

–Precisamente, Kyle, crees que era perfecto porque al quedar inconcluso, fue más platónico que real; poético. Años de separación hicieron que dotáramos el recuerdo solo de belleza y perfección y que limáramos las aristas dolorosas. No pretendas opacarlo intentando algo que con seguridad no prosperaría. Lo que pudo ser, quedó en un punto lejano en el tiempo y hoy permanece perfecto en la memoria. Déjalo permanecer así.

–No puedo. No quiero hacerlo, Emily.

–Es absurdo siquiera considerar la idea de iniciar una relación. ¿Acaso no te das cuenta de que ya no somos los mismos? Crecimos, cada uno tiene su vida armada. Nada sería igual a cómo lo recuerdas –negó con la cabeza–. Estoy segura de que no podría funcionar.

–No puedes saberlo con certeza –replicó. Como toda respuesta,

ella bajó la vista y comenzó a dedicar el libro. Ya no quería hablar más del tema—. Milly... Al menos regálame la oportunidad de intentarlo –susurró Kyle. Ya no soportaba el silencio que se había instalado.

Emily negó con la cabeza.

–No, Kyle. Prefiero regalarte algo mucho mejor –terminó de escribir la dedicatoria en el libro, lo cerró y, sin mirarlo, se lo entregó—. Adiós –susurró, dando con ello por terminada la charla.

Kyle permaneció durante algunos instantes con la mirada fija en ella; sin embargo, Emily se obligó a no devolvérsela. Por fin él asintió y, cabizbajo, abandonó la librería. Una vez fuera y lejos de su vista, abrió el libro y leyó:

*Este es mi regalo para ti, Kyle: un amor imperecedero, puro, luminoso. Incorruptible. Una historia con miles de finales, los que imagines; pero todos perfectos. Solo entonces, en nuestro imaginario, podré ser para siempre tu chica policromática.*